



Hombres amueblados

NINAH BASICH

narrativa



Hombres amueblados

Ninah Basich obtuvo, con este libro, mención honorífica en el primer Certamen Nacional de Cuento Breve “Los mil y un insomnios”, convocado por el Centro Toluqueño de Escritores, A. C., y Diablura Ediciones, en 2017. El jurado estuvo integrado por Raúl Brasca, Agustín Monsreal y Javier Perucho.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

NINAH BASICH

Hombres amueblados



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



CENTRO
TOLUQUEÑO
DE ESCRITORES A.C.

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Juan Hinojosa Sánchez
Presidente

Juan Luis Nutte
Secretario

Alfonso Vírchez

Tesorero

Hombres amueblados

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México /
Centro Toluqueño de Escritores, A. C., 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México

Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

D. R. © Centro Toluqueño de Escritores, A. C.

Plaza Fray Andrés de Castro
edificio A, local 9,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© María de Guadalupe Basich Moreno

ISBN: 978-607-495-630-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/19/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Hombres amueblados

Tarde en el desierto

Estacionaron el *cámper* cerca de la entrada. La Güera hizo guardia. Discutieron si debía usar las mallas azules; al final se salió con la suya. La tejana se la puso Marco en la cabeza después de besarla. La bolsa pesaba sesenta y tres gramos; la pistola era liviana, pero no requería balas de plata; una de las balas era china, las otras seis, alemanas.

Caminaron por el pasillo del motel bajo las sombras del mediodía. Dentro, la noche seguía con sueño. Dos individuos tomados del brazo pasaron por la alfombra desgastada, justo antes del primer disparo. El muerto no alcanzó a despertar para sentir la bala que le partía el pecho. La chica en tanga gritó y salió con la ropa entre los brazos. Escucharon ruidos en el baño, el disparo con silenciador rompió el tubo del lavabo. Otra chica dormía en la bañera sucia, removiéndose de vez en cuando. El agua llenó el baño y goteó al piso de abajo.

En el pasillo evitaron pisar el charco que dejaba la gotera.
Salieron y entraron sin cruzar ni una palabra entre ellos.

Amnesia nocturna

Le amanecieron los dientes con manchas de labial, parte de la cara tenía una leve humedad que se confundía con la grasa. Las orejas le ardían, las sabía rojas. El dolor de cabeza se mezcló con el chasquido de la lengua dentro de la boca donde se evaporaba el espíritu alcohólico. Una marea de olvidos atajó sus preguntas. ¡¿Quién?!, y ¡¿dónde diablos...?! La cocina olía a carne muerta, las moscas se alimentaban de restos de comida sobre los platos sucios. Una botella de cerveza desahogaba en el suelo. Sintió en las encías una sensación incómoda y comezón en la barriga. Se rascó la panza evitando el lunar cerca del ombligo, un huevo negro incrustado en la piel, le daba asco tocarlo. Lo miró apenas, enseguida notó un brillo rosado. Se desvistió y pasó al baño, se sentó en la taza y miró su cuerpo en el espejo roto, detrás de la puerta. Levantó un pliegue de la cintura, siguió

las huellas labiales por su piel hasta la ingle. Se revisó el cuerpo, las marcas subían hasta los pelos de la axila. Besos desdibujados por el sudor y el roce. ¿Quién?!, y ¿por qué demonios la memoria lo traicionaba a tal punto?! No recordaba nada de anoche. Jaló la palanca del váter, el agua se meneó sobre la orina. Abrió la llave del lavabo, un chorrito exiguo con el prudente olor a cloro no era suficiente para bañarse. No era suficiente para nada. Humedeció la toalla deshilachada. La puso sobre la oreja derecha, le ardía demasiado, miró con atención al espejo, ¿lo habían mordido?, lo ignoró para no angustiarse con preguntas. Estaba a punto de pasar la toalla por su cuerpo, pero se detuvo. Si la memoria no le aclaraba la noche pasada, por lo menos poseía las marcas sobre su cuerpo para imaginarla. Dudó en lavarse los dientes, lo hizo de mala gana, se enjuagó con residuos de cerveza de una botella a medias que encontró en el piso. Su mente comenzó a inventarse la noche. Mientras se cambiaba de camisa una sonrisa se definió en su cara. Con ella salió a la calle sintiéndose por demás irresistible.

¿Cómo dicen?

- Teníamos que dejar al niño en algún lugar.
- Un lugar seguro, por supuesto.
- Claro, pero no disponíamos de parientes cercanos.
- Ni amigos íntimos.
- Y el viaje era inminente.
- Importantísimo.
- La vecina se ofreció y la verdad...
- Desconfiamos.
- Sí, eso fue.
- Esa ostentosa amabilidad al frotarse las manos.
- Al hablar del niño como de un manjar succulento.
- Le decía mi bombón, mi arroz inflado, bueno, hasta...
- Decidimos ir con la tendera.

- La conocíamos de años.
- Le comprábamos el pan, la leche, los huevos...
- Y el vino.
- Por supuesto.
- Eran una pareja preciosa.
- Con sus manteles a cuadros.
- Y sus manos habilidosas, para pesar, envolver y cobrar.
- No pensamos que...
- ¡Oh!, qué terrible es recordarlo.
- Así es, hemos pasado años buscándolos.
- No, no nos daremos por vencidos.
- Eso nunca.
- ¿Quiere ver la foto?

El religioso

No soy un maldito, pero cada vez que voy al baño pienso en Dios. Aprovecho ese momento íntimo para hablar con Él. Hacer el recuento del día y orar. No junto las manos ni me santiguo, hago el ritual mentalmente e imagino que estoy a sus pies. Fuera de esos instantes sanitarios me declaro impío. Pero, ¿y ese olor? El olor a marihuana se filtró por la celosía abierta de la minúscula ventana pegada al techo. Diecisiete centímetros de espesor tienen los muros que separan cada departamento. Al otro lado alguien se baña. Ahora, el agua dejó de correr. Imagino al vecino, el hombre obeso que saluda a todos, olfatear el ácido aroma que ronda el piso inferior del edificio. En algún lugar se cerró la tapa de un retrete, escucho un cuerpo subir sobre ella en un intento por acercar la nariz a los cristales horizontales de la ventana.

El patio de atrás del edificio es el lugar más improbable —a la vista de vecinos curiosos de los pisos superiores— para fumar mota. Aunque lo improbable suele ser lo más acertado. Enseguida, un crujido, un salto precipitado y una maldición, todo al mismo tiempo. Un hombre en el piso de arriba canta en la ducha ópera: *Nessum dorma*, ¡nada mal! En los pisos superiores alguien brinca la cuerda y cuenta en inglés. El aroma entra con violencia clandestina. ¡Dios mío!, evítame los recuerdos. La casa de Uzzy tras el viaje a Europa de sus padres, el enorme baño, la tina, nosotros dentro pasándonos el carrujo en el reducido espacio; Morrison, Joplin y los Stones a todo volumen comprimiendo el minúsculo cuarto, días y días.

La vecina de al lado termina de ducharse y exhala: ¡Ahaaa! Ella es la que fuma. Una espiral completa entra por la ventana, me levanto, abro la boca, las aletas de la nariz, los brazos. ¡Cuánto tiempo! ¡Dios mío, perdóname! Caigo de rodillas sobre los pantalones arrugados, no siento el dolor de la hebilla. Un ruido me despabila. Me levanto, subo el cierre del pantalón. Lavo mi rostro en el lavabo, evitando pasarlo por el inquisidor espejo. Mudo de camiseta. Pego el oído a la puerta de entrada. Silencio. Espero. Ni siquiera pienso en inventar un pretexto. Oigo que baja por la escalera. Abro.

Por instantes

Hacia las tres de la mañana deja la mesa de póquer. Terminaron por matar su última mano con un insignificante póquer de cuatros.

No tengo suerte esta noche, piensa al salir a la calle. La lluvia suspendida ha dejado un rastro húmedo, las calles muestran esa imprecisa claridad opaca, la luna a la mitad, y nadie a la vista. Decide caminar hasta el hotel.

Sus pisadas resuenan suaves sobre el agua marcando el único sonido de la noche. Sin embargo, como en un eco desfasado comienza a oír otras más fuertes a la espalda. Una descolorida voz de mando, pero sin autoridad, ordena que se detenga. El estremecimiento llega de inmediato, los cabellos detrás del cuello se le alertan.

Escucha al corazón latir acelerando sus actos. El cuerpo húmedo se tensa perceptiblemente. Detiene el paso lo que dura un segundo.

Siente frío y la helada sensación que acompaña al miedo. El silencio se hace pesado. La noche termina por oscurecerse.

No sabe en qué instante comienza a correr, sus pisadas —ahora firmes— sellan los pasos; el tiempo que transcurre entre ese sonido y el del amartillamiento, la explosión y la bala es desconocido e inconstante para él.

Corre con furia, casi con pavor. Su corazón se dispara hacia otro momento insólito. Arrastrado por él llega al hotel, al refugio. Toca con fuerza, o casi sin ella. El portero abre. Se llena de calor su rostro y su alma: el calor de la seguridad, lo conocido. Recobra palpitante el aliento. Toma al hombre por el brazo y deja caer el cuerpo hacia delante. Jadea. Con agitación, en medio de un júbilo inexplicable, sube las escaleras apenas con aire para alcanzar por fin el cuarto.

A salvo, en la habitación, llora y se carcajea, deja resbalar sobre el rostro la humedad salada. Se tira sobre el lecho. La luz de la luna esclarece las sombras en la calle, un instante de claridad se abre camino en los sentidos, siente el golpe en la cara húmeda y el cuerpo estrellarse con dureza.

La afrenta

Entró Menelao al salón donde los hombres bebían. Buscó con la mirada a Agamenón y se acercó con la cabeza baja. Su hermano supo de inmediato, como rey de hombres que era, que algo grave sucedía. Dejó que les escanciaran el vino en los vasos de plata y con comedimiento ceñido de fiereza enfrentó a Menelao: Ahora, qué ha sido.

Menelao tragó saliva, ya se había arrepentido de lo que iba a decir, aun así lo dijo: Se ha ido. Ante la mirada interrogante repitió: Helena se ha ido. Te lo dije, estuvo a punto de pronunciar con satisfacción Agamenón, pero se contuvo. Así que los rumores eran ciertos y mi cuñada se ha marchado con el troyano, pensó en silencio. Enseguida lo enfrentó: ¿Qué planeas hacer? No lo sé, respondió Menelao, por eso vine.

En medio de la conversación, un ardiente pensamiento se apoderó de Agamenón: Huyó como huyen las ramera, a qué fin hacerse la difícil conmigo. Si por lo menos le hubiera arrancado un beso. Eso me hubiera bastado para bajarle el orgullo; con su escape sólo acrecienta mi deseo. He de tenerla así nueva a toda Grecia.

De que es una afrenta, lo es, habló Agamenón midiendo sus palabras, y enseguida: se habrá enterado de tus amoríos y se fue desechada. Así son las mujeres, mientras más hermosas, más atención requieren. La abandonaste demasiado tiempo, siento decírtelo, y ése fue un grave error. Es preciso que hagas pública la ofensa. Ya no es sólo tuya, es mía... es de la familia. Es una afrenta a Grecia.

Ahora bien, ¿cuándo aconteció la huida? Menelao giró el vaso en las manos y susurró: Hace más de un mes.

¡¿Qué?! Eres un idiota, seguro te dedicaste a frecuentar cuanta cama de matrona encontraste para esperar su regreso. Entiende, si una mujer como la tuya te abandona no es para hacerte recapacitar o intimidarte. Cuando se larga lo hace para siempre. Debemos aprovechar esta situación para dar una lección a las demás mujeres. Hemos de regresarla y hacer un escarmiento. Agamenón redujo la cólera, su hermano no era el hombre adecuado sobre quien arrojar tanta ira.

Mientras Menelao bebía en silencio lo que quedaba de su copa, Agamenón recreó esa única tarde en que tuvo a Helena en sus brazos. Era la última oportunidad antes de regresar a Argos. Helena estaba sola y él se le acercó por detrás sin darle tiempo ni espacio para correr. El cuerpo de ella en lucha contra el suyo le excitaba enormemente. Si no fuera por aquel sirviente que anunciaba la llegada de la comitiva troyana, ella hubiera sido suya. No podía olvidar la mirada altanera llena de desprecio que le lanzara su cuñada.

Días después, desde las colinas se pudieron contemplar cientos de naves aqueas que zarpaban a recuperar a la hermosa Helena.

Viaje al interior de una noche acabada

Todas las noches del último mes, y una semana, como por encanto se ha repetido el mismo sueño: un hombre sale a la calle, tras varios pasos llega frente a la casa de ventanas oscuras, se detiene unos minutos en la entrada; saca del bolsillo la llave coincidente con la cerradura, abre la puerta. Sabe que a la derecha está el reloj de pared con la hora atrasada quince minutos, que en la cocina la cafetera tiene restos de café y que en el centro de la mesa hay un platón con duraznos.

Sube la escalera sintiendo el peso metálico balancearse en la bolsa de la bata. El peso que lo salvará de la pesadilla. Ya en el piso superior se dirige al cuarto de la izquierda, reconoce las cortinas verdes que arrastran hasta el suelo. Igual que en las noches anteriores, desliza con lentitud el cuerpo dentro de la recámara, alguien duerme en la cama. Está a punto de retirarse sin verle la cara

al hombre que, tal vez, como él en ese instante, esté soñando. No quiere despertarlo.

Reconoce que, en cuanto rodeé la cama, el sujeto va a abrir los ojos, igual que las noches anteriores, reconoce también que eso le imposibilitará ver la cara del durmiente. Durante treinta y seis noches ha soñado la enojosa y desesperante escena. Está harto, así que esta vez piensa hacer un movimiento distinto para acabar con la odiosa repetición nocturna y liberarse.

El sonido expulsado en la pequeña recámara le hace incorporarse apenas medio cuerpo, sólo el tiempo justo para verse en pijama disparando.

El vaquero

Para Agustín pensar y hacer eran la misma cosa. Se puso las botas junto con las espuelas, en realidad se vistió con el atuendo completo, tomó la reata y salió. Las nubes pastaban tranquilas en el azul del cielo. Localizó la que a su parecer era la más gorda, preparó el lazo, elevó el nudo sobre su cabeza e hizo un círculo perfecto. Arrojó la cuerda y, en el primer intento, la atrapó. En la tierra quedó la huella del arrastre de los tacones. El forcejeo duró unos segundos hasta que la nube se rindió. Cayó en blandito, pero aun así levantó polvo. El vaquero pisó la cuerda cerca del nudo, lo apretó, se enredó el resto de la soga en el hombro y echó a andar. La nube tronó contra su suerte. Él la miró de reojo sin detenerse. La nube se puso morada, enseguida negra, a duras penas contenía el enfado. Pasaron unos

minutos, la tensión se aflojó, el vaquero sintió un cambio en el peso, volteó y se detuvo por completo. La nube se deshacía en llanto. No comprendió de inmediato que eran lágrimas de coraje.

Oscura noche de un vendedor de seguros

El callejón no presentaba excusas ante la oscuridad. La inconsistente luz neón del bar hacía parpadeos sobre la esquina llena de basura. Los gatos maullaban en un arranque triste por compañía. Más de algún cliente ante la barra sopesó en la memoria los sonidos gratuitos y los empalmó en otras circunstancias.

El hombre junto a mí tenía esa doble nostalgia en la mirada, calculé que su profesión sería funeraria. Las criaturas invernales tienden a soportar con aspereza el exceso de sol en mayo. Se aferran a la idea fría de la mañana y no la sueltan sino hasta ya avanzada la tarde. En su esquelética figura se permeaba un espíritu atormentado, como de culpabilidad.

Yo estaba solo. Desde anoche estaba sordo y mudo de conversación humana. Tras veinte horas sin palabras, escuché mi fangosa

voz: un whisky sin hielos. El hombre con la mirada de nostalgia me observaba. Dudé si su interés se centraba en mí, o veía las sombras y el vacío a mi espalda. Intercambiamos saludos con la cabeza. Después de varias copas, la soledad nos acercó tuteándonos. La plática de cantina suele desplegar fragmentos de inesperada similitud. Son percusiones de borracho, cuyos labios repiten la misma historia: la nuestra.

Agradable tipo que creía en la conservación de los cuerpos, las otras vidas, el destino y la generosidad del whisky.

Con sigilo entraron dos muchachas, las percibí de reajo, susurraron en el oído del cantinero; tardaron apenas un momento, y en el siguiente salían con la botella envuelta en papel. Los ojos de mi compañero sobre ellas le retrajeron las mejillas. Pronunciada calavera con aquella extraña sonrisa en retroceso. Tendió la mano hue-suda hacia mí y recibí su contacto helado. Sin previsión, salió al calor nocturno. Escuché el marrullo lejano de los gatos y en la cercanía del callejón ruidos opacos.

Demoré tres horas más la llegada a mi departamento. Salí del bar y descubrí en la soledad un realista seguro de vida, con su conveniente protección contra terceros. El cuerpo tendido sobre las bolsas de basura presentaba la misma nostalgia que antes dubitaba en sus ojos.

El telegrama

Bueno, dijo al descolgar el teléfono. El hombre al otro lado explicó: Señor, llamamos de la oficina de telégrafos. ¿Es usted Philip Harmond? Al escuchar su nombre respondió afirmativamente. El hombre del correo continuó: Se ha encontrado un telegrama a nombre suyo y, usted sabe, los telegramas se queman, se destruyen o se guardan en un libro, pero nunca, escúcheme bien, nunca se tiran a la basura. Pero... —intentó responder— yo no he tirado... bueno, ni siquiera he recibido un telegrama. ¿Está seguro de que es para mí?

¿Es usted el ingeniero Philip Harmond?, insistió el empleado. No, yo soy el licenciado Harmond, dijo, pero mi padre era ingeniero. Bueno, diga a su padre que los telegramas... Antes de que continuara lo interrumpió: Mi padre murió hace dieciséis años. Lo siento

mucho, pero siendo un familiar, con mayor razón debe venir a recoger el telegrama a la oficina de telégrafos.

¡Léamelo!, se atrevió a solicitar Harmond y recibió una reprimenda. Sepa que en treinta años de servicio, jamás se ha abierto un telegrama dirigido a otra persona, sean cuales sean las circunstancias. Lo espero en el transcurso del día, concluyó con severidad el encargado y colgó.

Philip salió de prisa a hacer la inoportuna diligencia, no dejaba de darle vueltas al asunto. ¿Quién mandaría el telegrama? ¿Quién lo había desechado si iba dirigido a su padre? Y encima, ¿cuál era la urgencia de recogerlo hoy mismo? El tráfico era terrible, decidió caminar hasta el centro, estacionó el coche y corrió para llegar antes de la hora de cierre.

No era un peatón habitual, atravesó la calle sin mirar a los que daban vuelta en la esquina. El golpe seco se escuchó antes de que el camión frenara sobre él.

En la oficina de telégrafos el telegrama se guardó por quince días, al término del plazo el jefe decidió que era tiempo suficiente para no retenerlo. Ya se sabe que los telegramas se destruyen, se queman o se guardan en un libro.

A falta de separador un empleado, a escondidas, lo puso en un libro. Lo ha leído varias veces:

Señor Harmond. Lamentamos accidente de su hijo. Pase Oficina Forense identificar y recoger cuerpo. Previa identificación.

Sentido pésame. D.P.

Casualidad

Sebastián no tenía otra alternativa sino salir del pueblo, los sucesos no había modo de afrontarlos; se ahogaba entre los pensamientos y las revelaciones, agotado de ponerlos a girar dentro de él sin llegar a detenerlos y sin hallar la solución. Si permanecía en el pueblo sería sólo la imagen en el espejo de otro, la imitación.

En cambio, Fabián se movía confiado consigo mismo, paseaba por el pueblo como vanagloriándose, por decirlo de alguna forma, le había ganado todo el tiempo; la gente los señalaba, los miraban, pero la burla era sólo para Sebastián. Eso era más de lo podía tolerar un hombre, y Sebastián era muy hombre.

No le desagradaba ver su cara en Fabián, las mismas muecas y maneras, lo que en realidad le molestaba era mirar con anticipación su propia existencia. Desde niños fue así, si Fabián caía, Sebastián

la tarde siguiente tropezaba; en la juventud, Fabián se enamoró y al otro día Sebastián fue correspondido por María. Con un día de diferencia se casaron, sus hijos nacieron uno detrás del otro. Así, cada evento y circunstancia sucedía análogamente en dos ocasiones, de igual modo, pero en tiempos consecutivos.

Difícil continuar en el pueblo donde todos lo veían como un doble sin motor propio, hasta sin decisión. Se iría a vivir al rancho de su padre. Allá, lejos, podría ver su historia como esa línea en el horizonte, donde la mirada se extiende cuanto deseamos sin conocer el final. Allí podría relajarse ignorando la fecha en que surgieran las desgracias. Él no creía en las coincidencias, pero era preferible vivir sin conocer el mañana.

Con una semana de anticipación Sebastián hizo los arreglos, preparó las cosas; María y los niños llegarían en cinco días. La madrugada en que partió hizo mal tiempo, llovía a raudales al entrar en el rancho. El mayoral salió a recibirlo: ¡Qué cosas, patrón!, se desbordó anoche la presa y el amo Fabián dejó dicho que si venía lo alcanzara en el risco. ¡Tenga cuidado, el camino está lodoso! La cara de Sebastián se contrajo en un gesto que ya no retenía las emociones relegadas. Así lo contó el mayoral tiempo después: estaba escrito que así terminarían los hermanos.

Una mañana descabellada

Esta mañana perdí el cabello. Desperté tarde. Invariablemente apago el despertador, me levanto y estoy a punto para el baño matinal. Despierto a medida que el agua corre sobre mi piel. En esta ocasión, la ducha dejó de ser otra de mis rutinas para alterarlo todo. Abrí la regadera, vacié como de costumbre el champú en la mano izquierda y desperté al contacto del líquido sobre mi cabeza calva. ¡¿Calva?! Salí escurriendo agua jabonosa para verme en el espejo. La imagen borrosa no era clara. Limpié el vaho. Ahora sólo veía un embarrado de champú. Tomé la toalla y froté el espejo, no dejaba de ver la imagen. Me toqué la cabeza con timidez, frotándola con suavidad. Volví a verme con una extraña sensación de miedo, certeza e incluso de algún lado surgía una risita nerviosa. Ahí estaba yo: completamente calvo, oliendo a champú de manzana.

Me cuestioné: ¿era un sueño? De otro modo era inexplicable la pérdida instantánea de cabello. ¿Qué significado tendría?, ¿algún negocio de pelos? Sólo pensaba tonterías, quería la explicación del sueño y ni siquiera sabía si lo era.

Gregorio se viste, se mesa los cabellos —corrección— se soba la cabeza.

Pensé que el asunto significaba una señal indiscutible de una renovación vital. Me convertiría en otra persona, realizaría cambios radicales, acciones que antes no realicé...

Tras meditarlo sabe qué hacer. Va al baño, saca de debajo del lavabo cepillos, peines, geles, mousses, tratamientos capilares. De la regadera toma los frascos de champú y acondicionador, echa todo a la basura. Abre el cajón, saca las tijeritas de las patillas, la secadora, y bota todo. Entusiasmado se observa satisfecho —y pelón— en el espejo.

Ahora seré un hombre diferente, dije al mirarme en el espejo: nuevo y calvo. No dejé que esa idea me quitara el placer que acababa de experimentar.

Observa su cara, sus cejas y permanece inmóvil, mientras un pensamiento pasa con extrañeza por su mente. Vuelve a la cama, levanta las sábanas, la almohada y ahí está, igual que él, una cama pelona. Nada. Ni un cabello. Pero, ¿a dónde ha ido a parar el cabello? Busca alrededor... Nada. Se sienta despacio sobre la cama y piensa: Es imposible, estoy dentro de un sueño y voy a despertar en cualquier momento.

Abofetea su cara, se pellizca, se pega en las piernas... no despierta, es inútil. Al rato un sollozo, otro, está llorando, ni aun así despierta; se recuesta y balbucea: Intenté ser otro hombre, aceptaba mi calvicie, pero ahora... no sé si despertaré... —sollozo.

Tras un momento de calma, se incorporará perplejo. Podremos adivinar las preguntas en su (calva) cabeza. ¿Qué hacer para despertar? ¿Cómo

salir de un sueño que se cree soñar? ¿Cuánto tiempo va a durar? Ante eso se cuestionará si saca las cosas de la basura. Y dudará si los peines, champús y cepillos sean reales, o sólo estarán en su sueño.

Redentores de almas

Por primera vez participaba en una sesión espiritista. Hicimos un círculo humano y tomé las manos de las personas a mi lado. En el centro de la mesa el ancho cirio desprendía borrosos signos de humo.

La transpiración nerviosa comenzó a humedecer mis palmas, mezclándose con la secreción de los otros; nadie se atrevía a rascarse, despegar las manos o interrumpir el efluvio de las invocaciones.

... Ánimas benditas, san Uriel bendito, santo Cipriano, Mártires de Israel, cohorte celestial. Os invoco, en nombre del poder superior, a mostrar su bondad ante nosotros, para cruzar el umbral entre la vida y la muerte...

Los escalofríos comenzaron en mi espalda, me sentía nervioso. El excesivo sudor de las manos fluía sin control, inesperadamente

comenzó a gotear deslizándose por los brazos, bañando las piernas y las ropas. El líquido salpicaba a nuestros pies, pero nadie rompió el círculo, ni perturbó la letanía, mucho menos el conjuro.

... Trescientas setenta y cinco veces repito el nombre conocido... En memoria de Abraham, padre de todas las tribus, demandando la presencia del amado... El auxilio viene de la aurícula derecha del padre hasta nosotros...

Silencio. El goteo había elevado un palmo el agua sobre los tobillos. Los ojos permanecían cerrados siguiendo la exhortación de la médium, las manos mojadas se entumían en la envoltura de los dedos ajenos.

Cuando el líquido salado nos llegó a la barbilla tratamos de levantar la cara y zafarnos del candado humano para evitar morir ahogados, el ruido de suaves golpes contra los muebles nos dejó inmóviles. El oleaje traía hasta nosotros el cadáver de un hombre.

Hombre quebradizo

Caminaba por la calle rumbo al trabajo y, de repente, me entraron unas terribles ganas de llorar. Bajo los lentes oscuros mis ojos estaban a punto de soltar prenda, apenas conseguí controlar el sollozo. Una mujer me miró y fingí estornudar. ¡Salud! Gracias. Me sentí más triste. Su voz me ablandó el corazón. Una lágrima, otra. Respiré hondo, levanté la cara y el pecho. Parecía matón de cine. Si dejara de apretar los dientes lloraría. Nunca como en ese momento deseé ser mujer, soltar el llanto (con mocos y todo) por la calle, dejar que los extraños me consuelen, soben la espalda, palmeen con suavidad mi hombro o me ofrezcan el suyo para refugiar la pena y, al llegar a casa, echarme a la cama y dejar la almohada empapada. Gemir, hipar, llorar a lágrima suelta. Pero no, los hombres no lloramos las penas, las ahogamos (sólo borracho es admisible el llanto —breve— para

decirle a los amigos que los quieres de verdad), o a golpes: romper un vidrio con el puño, darle de patadas al coche o aporrear la pared.

Caminé seis cuadras más, en mi mente se abrió la calma. Eso sí que sería un buen negocio, pensé un momento. Un bar con una pera para golpear, maniquís de los que rebotan después del golpe, paredes de cartón para destruir y... ¿por qué no?, en la parte superior, cuartos con una cama con el edredón marrón (muy masculino) para que el cliente se tire a llorar. A un lado bien podría estar una mujer un poco madura, de pechos enormes, que huela a colonia fresca, para que abrace y consuele.

Al principio, los amigos me dijeron que estaba loco, que no iba a funcionar, que quién iba a subir a llorar. Sin embargo, en los últimos meses he hecho una pequeña fortuna.

Aunque, claro, no falta quien suministre la gratuita opinión, como mi amigo Roberto: Podrías hacer algunos cambios, buscar un edredón más llamativo, poner música de fondo, cambiar a la mujer por una más dispuesta, de unos veinte años quizá... lo de los pechos amplios está bien, todos sabemos lo excelentes que son para abreviar las penas de amor.

El destino

Si pudiera conocerse debidamente el destino, se evitarían accidentes y sorpresas. La vida concurriría sobre un camino asfaltado, sin baches ni terracerías. Nada de caminos alternos. Recta como autopista bien trazada.

Si se pudiera saber a ciencia cierta, escúcheme usted, licenciada, con certeza, por dónde va uno, no habría necesidad de retrocesos, desviaciones, ni frenazos en seco. No digo que los imprevistos no sean beneficiosos, o incluso agradables, digamos que son la sal de la vida, pero la de tiempo que nos ahorraríamos sin esas ensoñaciones dirigidas a pensar hasta dónde podríamos llegar, o en rectificaciones del camino recorrido.

¿No piensa usted, licenciada, que esta idea de aprender sobre la vida al mismo tiempo que se vive es perniciosa?, por no hablar

de la ilógica del asunto. Es tan loca como aprender a manejar (con todo lo que ello implica: meter velocidad, mirar por el retrovisor, frenar...) en una carretera atestada de coches, ante cuyos volantes van unos incautos inexpertos como usted. ¿No es eso una locura?

El destino debería anunciarse de antemano, conocerse, sin tensiones ni malos entendidos. Sin accidentes. Porque ha de darse cuenta, por su trabajo, claro, que no todos comprenden que, en un tramo de la vida, van a torcer a la izquierda, tomar una diagonal o salir en el siguiente cruce. Bueno, creo que tiene suficiente imaginación para seguir.

Si supiéramos con anticipación hacia dónde nos dirigimos o, por lo menos, tuviéramos a mano un mapa con indicaciones y señales sobre obstáculos, caminos cerrados y otros inconvenientes en el trayecto, sería otra cosa.

Para tomar en cuenta, ¿no cree?

No es que me justifique, ni nada por el estilo, pero de ese otro modo usted no tendría clientes: locos imprudentes a los que el destino no les advirtió a tiempo que tenían que girar y dar la vuelta.

Verá, si a usted le hubiera pasado lo que a mí, habría actuado del modo en que actué. Tan sencillo que hubiera sido haberme quedado en el taller reparando autos, revisando el motor, limpiando bujías o afinando el carburador, cosa que hago con agrado. Pero no, el destino, con sus imprevistos, hizo que regresara a casa a las 8:15 p. m., media hora antes de lo acostumbrado, y encontrara a mi mujer desparramada en la cama. De haber sabido que me engañaba, retardo el regreso. Y con la manía que tiene uno de cargar las pinzas en la bolsa del overol. Todo fue uno. Se lo juro, licenciada, no hubo forma de frenarme.

La lectura

Caminaba por la cubierta caliente con los pies descalzos sintiendo el calor subir hasta las pantorrillas, como si al pisar aplastara su insensatez. La urgencia de llegar a puerto agitaba su cabeza. Tras responder al capitán con un saludo malhumorado, fue interrumpido.

—¿Qué pasa?, parece que le queda chico el barco —interrogó el capitán.

—Sí, capitán. Tengo urgencia de tocar tierra —respondió.

—¿Y esa novedad? Tendrá que armarse de paciencia, el viaje a Guinea es largo.

—Lo sé, capitán.

—Si sigue con ese humor habrá que amarrarlo al palo mayor.

—Sería preferible.

—Esta calma durará unos días más, no sopla viento, tendrá que aguantar. ¿Por qué no busca alguna entretenición? La tripulación suele jugar cartas.

—Me disgusta el juego. No sé jugar.

—Entonces lea algo. En la cabina bajo cubierta hay una docena de libros.

—¿Y eso?

—Me han dicho que le gusta leer.

—Mire, capitán, le voy a relatar por qué me embarqué en el *Gloria a Dios*. Déjeme aclararle que siento un desmedido amor por la lectura. Hace unas semanas terminé de leer el peor libro de cualquier vida. Pensará que si no me gustó por qué insistí en seguir leyendo; le aclaro: si comienzo algo lo llevo hasta sus últimas consecuencias. En mi carrera los libros han sido aire, mar, alimento, compañía. Le juro, nunca aborrecí a alguien como a ese autor. Me arruinó el gozo de años. Cada palabra se convirtió en clavo, astilla, veneno, prisión, manicomio, retrete. No volví a tocar otro libro. Todo lo que nos hace huir de algo, lo experimenté con la letra impresa. Dado que me es imposible abandonar la vida en el mar y deseo seguir leyendo, es más: lo necesito, consideré trascendental desafiar a ese hombre, antes de que dañe a la humanidad. Descubrí que desde hace cinco años vive en Guinea. Por esa razón me embarqué en el *Gloria a Dios*. Voy a enfrentarlo.

—Puedo entender su enojo.

—No, no puede entenderlo. Al entrar en esta calma bajé a buscar una reconciliación, todo era cuestión de retomar mi viejo hábito, pero al llegar a la cabina he encontrado la obra completa del infame autor. Sé que encontrar libros en nuestro idioma por estas latitudes

es difícil, pero esto fue el colmo. Comprenderá, capitán, que no será posible calmarme.

El capitán dio unos pasos:

—¿Ha pensado en matarlo?

—¡¿Cómo?!

—¿Cómo?, tenemos unas semanas para planearlo. ¿Le he comentado que llevo dos años en este mismo barco y ya no leo?

Caprichos

La particularidad de aquel arbusto florido en el jardín exterior de la casa de mi amigo Rogelio consistía en que daba flores blancas una temporada y en la siguiente floración eran de un rojo intenso. Aprendió el notable trabajo de jardinería genética en Israel, junto a su abuelo. A partir de ese momento se convirtió en la puntual motivación de su vida: crear organismos perfectos y únicos.

Los injertos debían tener incisiones precisas en las venas para generar, en la circulación de la savia, los genes del otro espécimen que transitaría por ella mezclándose en una nueva cadena de ADN. De tal manera se formaba el eslabón genético que provocaba la madurez alternativa de la flor y, así, en cada floración daba ese colorido disímil.

Cuando la policía llegó a detenerlo el arbusto tenía flores rojas. Sin embargo, yo siempre lo recuerdo de un blanco intachable.

Qué diferencia puede existir entre las nervaduras de un cuerpo u otro; sólo algo de complejidad en acomodar los tejidos y las venas para permitir el flujo del líquido vital entre ellas. Cortar, conectar los injertos y volver a unir. Trabajo elaborado y minucioso que bien valía la pena el resultado.

En realidad, lo que hizo distaba mucho de ser un disparate, cualquier hombre desearía poseer a una mujer con el cuerpo de una y la cara de otra. Su error, si cometió alguno, fue el exceso de perfección.

Le impusieron veinte años de cárcel, añadiéndole al castigo la prohibición de hacer uso de sus habilidades genéticas por el resto de sus días.

La cárcel municipal tiene en el exterior de la reja un seto que anima la perspectiva de los prisioneros. Tal vez sea yo el único en notar que cambia de color en cada temporada.

El cenicero

Podría ser un arma en manos de otro que no fuera él. A Sabino no se le había ocurrido la posibilidad de matar. Hasta el momento sigue cuestionándose qué lo llevó a tomarlo, precisamente antes de ir al departamento de Gustavo. ¡Vaya que pesa el cenicero de bronce!, repara al caminar hasta la avenida. Puede escuchar esa voz interior aclarándole que no lleva ninguna intención, pero las cosas ya son incontrolables. Los pasos absorben su decisión, pero acompañan sus dudas: ¿Hasta dónde debe un hombre tolerar la humillación? ¿Cuánto dinero compra la dignidad?

El contrato no aclaraba —tras repararlo dos veces— que él debía acceder a las demandas de Gustavo, su jefe. Además de estacionar el Porsche, contestar sus llamadas, escuchar sus proyectos; ir con él a bares exclusivos o a cenar a restaurantes de nombres

extraños, hasta acompañarlo en sus viajes al extranjero, no precisamente por negocios.

No satisfecho con eso, incurre en lo que Sabino llama “insistentes agravios”: adula y obsequia a la exmujer, manda regalos a los hijos, se interesa por la familia, colocándolo a él en una desagradable posición que lo muestra más desatento y desinteresado de lo que es.

Las oficinas contiguas han impedido que dé rienda suelta al enojo o se niegue ante sus deseos. Ningún ser humano debe servir a otro. Ésa ha sido la máxima de vida de Sabino. ¿¡Hasta cuándo debe continuar accediendo a sus demandas!?! Incluso los domingos ha de ir con él a comer a casa de sus padres. Hoy es domingo.

Está a una cuadra del departamento que conoce tan bien. Gustavo estará esperándolo, junto con la charola con panecillos de crema para su madre.

No sabrá, hasta abrir la puerta, de qué forma se le transfigurará la cara al verlo con el cenicero de bronce en la mano, listo para dejarlo caer sobre su cráneo. Sabino piensa con malicia: Las arrugas se le alisarán con el sorpresivo movimiento; su inicio de sonrisa se abrirá en los labios hasta producir el sonido de alarma. Entonces, hincado, me pedirá perdón, sus lágrimas mojarán el polvo pegado a mis zapatos y yo no tendré compasión de él, dejaré que el cenicero, convertido en arma, caiga sobre su cabeza, hasta restituir con cada golpe mi dignidad. A otro sujeto el acto le aportaría cierto regocijo, pero la venganza sólo redimirá mi perdida personalidad. Sólo de este modo quedaremos los dos en paz.

Dejó que la firmeza de esos pensamientos le abriera la puerta. Gustavo se abalanzó hacia él con un abrazo: ¡Hermano!, exclamó

un segundo antes de atraerlo hacia él. La palabra resonó en su oído. Tanteó el peso que cargó por más de veinte cuabras.

Lo descargó con indiferencia sobre la mesa. Nunca fue en realidad un arma, sólo un pesado cenicero.

Al salir del bar

Treinta y dos disparos y un grito: el mío. La cosa sucedió así: entré al bar El Rehilete a eso de las cuatro de la mañana, con mi decepción habitual. Arrastraba los pies y de seguro la lengua. Entendí, frente al espejo del baño, que no tenía la pinta de chico que conoce chica. Estaba bien para el ciberespacio. Me faltaba estilo y me sobraba nariz. ¿Cómo conocer a esa chica por la que uno estaría dispuesto a morir? Había rebajado mis aspiraciones al mínimo: chica que oliera bien. Soy de olfato sensible. En el último año, había visto diluirse mis exigencias: alta, morena, de ojos verdes (o claros), cuerpo de modelo y, por si fuera poco, inteligente. El intelecto fue lo primero que reduje, me conformé con secundaria y que fuera entretenida. A medida que reducía mis ambiciones aumentaba el número de copas. Sólo quería conocer una chica, cualquier chica.

Esa madrugada, como las últimas, la cantinera coqueteó conmigo, o eso me figuraba, me servía los tragos con generosidad y, sin motivo, ponía su mano sobre mi brazo. No era bonita, pero era alta y olía a champú. Tan seguro estaba de que había algo, que cuando me guiñó el ojo e hizo una seña para que la siguiera, la seguí. Salió detrás de la barra, sus caderas chocaron con la puertecita abatible y bajó de estatura quince centímetros. La tarima de madera. Se contoneó dentro de una faldita estrecha. Yo me tambaleé detrás de aquel emporio. Se detuvo frente a un locker y sacó unos mocasines. Ante mis azorados ojos, la vi achicarse: veinticinco centímetros de tacones y plataforma eran una ilusión respetable. Me convencí de que eso carecía de importancia, era una chica, bueno, no tan chica, digamos chica en general. Me miró a los ojos, jaló mi cabeza hacia ella, acercó su boca y me dio un beso de esos que no se olvidan, luego giró mi cara con un movimiento de luchador y dijo: Sal por aquí y entrega este paquete al hombre del camión que está enfrente. Hazlo y tendrás tu recompensa, metió la punta de la lengua en mi oreja y volvió a besarme. En ese punto estaba más que dispuesto a obedecer. Salí con el paquete, iba a cruzar cuando un tipo intentó quitármelo, luché. Un minuto después, un carro negro disparó sobre nosotros, resbalé en alguna vomitada nocturna y caí. Rodé bajo mi auto cerca de la entrada. No me moví. La policía en la otra acera se lio a tiros con los del carro. Dos parroquianos salieron del bar disparando. El paquete quedó debajo de mi cuerpo, lo coloqué entre la llanta y la suspensión, nadie lo buscaría ahí, no deseaba morir por él. Al acabar todo, me jalaron. Sobresaltado grité.

Salí ileso. No iba armado, por lo que traté de convencer al oficial de que sólo era un borracho asiduo, aun así, me llevaron. Una

mujer madura confirmó mi declaración, no la reconocí hasta que me guiñó el ojo. No es ninguna chica, pero cocina bien y sirve tragos generosos. A los días, la convencí de dejar el trabajo y se fue conmigo. Insistió en invertir parte del dinero en una nueva nariz. Yo, en que no se bajara de los tacones. Somos felices.

El heredero

La única vez que visité al tío Calixto acababa de cumplir quince años. Creía haberlo perdido todo, pero sus palabras me restituyeron el orgullo. De esa tarde recuerdo más las cortinas del salón de la casona que el funeral de mis padres en las primeras horas de la mañana. Mi tío gesticulaba, dejé que la fiereza de su voz se esparciera por encima de mí, sin que rozara el afecto por mis padres. Su severa crítica me tensó. La naturaleza no me dotó de la capacidad de aborrecimiento, aunque frente a aquel viejo solterón bien podría adquirirla; en cambio, fui compensado con entereza para rechazar cualquier ayuda por parte de él. Antes de aceptar su dinero, renunciaría a todo. Recogí las pocas cosas de la casa paterna y abordé el camión para San Mateo. Había decidido vivir con las tías, tras el convencimiento de que valía más abdicar a mis sueños que someterme.

Volví a saber del tío Calixto el día que telegrafió el notario. La memoria guardó de aquel encuentro la imagen de las pesadas cortinas y la voz ácida sobre mí. Han pasado veintidós años, el tío nunca olvidó mi rechazo. Estableció la Fundación “Calixto Torres”, que otorga becas a cuanto estudiante inadecuado, o idiota, se presenta. Infructuosa manera de fomentar la educación. Su burla más sutil. Ahora, me nombra su heredero, con la caprichosa condición de que continúe la pedagógica fundación. Dispongo de un mes para aceptar.

Sentado en el jardín, reconsidero la oferta. La sumisión no será sencilla ni indiferente ante la riqueza. Dinero para completar la educación. Dinero para la investigación. Dinero...

Renuncio a atormentarme. Retomo mi trabajo: el meticuloso informe sobre los caracoles de jardín. Caracolillos indios. En el invernadero, dos de ellos han crecido lo suficiente, los coloco en una de las cajas de cristal llenas de harina condimentada y observo su comportamiento. Registro la hora y describo la conducta del animal pegándose al cristal en su instintiva búsqueda de las hierbas a que está acostumbrado, sin percatarse siquiera de los otros caracoles. La siguiente anotación revela el modo en que se adapta a la suave superficie enharinada y cómo el hambre, o la resignación, lo llevan a comer aquella sustancia desconocida sin sospechar que en su hartura va impresa la sentencia de muerte. La prueba final: la comprobación de que el producto está listo para el cliente gourmet se encuentra en su excremento blanco. Menos de un mes dura el proceso.

Empaco los caracoles con esmero. Los peso, los mido, los marco; he fabricado de esta manera una exclusiva vida para cada uno de

ellos. ¿Cómo evitar la sensación de poder al sostener en las manos la vida de esos indefensos e intrascendentes seres? Con ese caparazón tan frágil, que bastaría una insignificante presión para romperlo.

Rubia

Las rubias poseen el encanto de la luz atrapada en un bote. Llenan la ilusión de cualquier hombre. Sin embargo, verla a ella fue ver caer los naipes de mi iluso castillo en desorganizado cascajo, aun así, logré sentir el joven arrebato de una obsesión obvia: rubia.

Admiré su cabello en una coleta. Era una mujer robusta, alta, pecho rebosante y caderas angostas, egoístas. Con el corsé adecuado sería una valquiria. Una valquiria con camiseta deslavada, pantalón de mezclilla, tenis y, a falta de espada y escudo, las bolsas de la compra. En su cara: vestigios de batallas, no todas gloriosas. Caminaba ladeando los hombros: se balanceaba. Se sintió observada, pero me ignoró. Desplante de diosa, pensé. Ella podía hacer lo que le viniera en gana, era rubia. El embeleso duró doce cuerdas y la perdí. La seguí a una distancia considerable para evitarle la aprensión de verse

perseguida. Previsiones absurdas. Como toda mujer mítica no se desvió ni miró atrás. Si hubiera advertido mi presencia la reduciría a la natural satisfacción de quien es objeto de adoración.

Supuse que debía vivir cerca. Mi papel consistiría en: esperar en el mismo lugar hasta volverla a ver, preguntar casa por casa o ir en su búsqueda. ¡Búscala!, fue lo que mi heroico y polvoriento instinto suplicaba. Decidido tiré al suelo el cigarro, caminé hasta donde la coleta rubia destelló y recorrí la calle. Sólo encontré casas con la puerta cerrada y personas entre ellas. Una ráfaga de celos me robó el aliento: ¿cuántos de aquellos individuos la conocerían?, ¿la amarían?, ¿tendría enemigos?, ¿a qué me enfrentaba?

Pensé que las provisiones serían para alimentar a un hombre desalmado, rudo, con los bolsillos del pantalón sucios. Un hombre que se limpia los dientes con un palillo y eructa a la menor provocación; y para colmo la engaña con la morena que vive arriba del que renta películas. ¡Oh, divino destino!, cuán tuerto fuiste al poner tu ojo sano en mí. En qué delirio se te ocurrió elegirme para que yo, un ciudadano corriente, me transforme en su libertador. Si tan sólo supiera en qué casa irrumpir para tomarla en brazos y sacarla a la luminosa claridad de una vida noble.

Esperé una hora, posteriormente una puerta se abrió. Un hombre uniformado de policía se despedía de su mujer con un beso en los labios; completaban el cuadro tres niños rubios. La mujer trajo delante su coleta rubia, con la punta acarició la mejilla del hombre. Comencé a silbar una melodía triste, mientras pensaba en los sobrevalorados que están ahora los héroes uniformados. Antes de decir adiós, valquiria, mi instinto dio un brinco. Ante tal mujer, tenía el deber de ser arrojado, valiente. Reduje la distancia, toqué el hombro

del policía y le pedí fuego. Noté que ella bajó los párpados, para enseguida volver a levantarlos. Inclinado sobre el cerillo en las manos acunadas le guiñé el ojo.

Una historia cualquiera

Desde hace varios años, al mirar el álbum familiar, llamaron mi atención las fotografías en sepia del tío Julio: muy tieso, con cara triste, con los brazos levantados hacia arriba, o hacia un lado, en medio del jardín y siempre solitario.

Lo único que sé es que se fue de casa muy joven y no volvieron a saber de él hasta su muerte. Dicen que pasó los últimos años con su amigo Luis Parra, quien tenía un invernadero. Y que, sin estar enfermo, se fue consumiendo hasta sucumbir a los cuarenta y dos años. Hace días hallé este sobre verde entre las cosas de la abuela; recuerdo que lo trajo una mujer, yo tenía ocho años, y sólo me queda en la memoria que la abuela no lo quiso abrir y, molesta, lo guardó en el ropero. Dentro hay fotos del tío en diversos climas y varias hojas de un cuaderno. Un diario.

14 de mayo de 1934. Mi mujer volvió a dejarme plantado. Su indiferencia me induce a pensar si no será culpa mía lo que sucede. En momentos así, recapacito sobre mi manera de actuar y, de alguna manera, termino evocando la infancia. Apenas era un retoño y permanecía horas sentado en medio del patio comiendo fruta, donde no tardaba en escuchar los regaños de mi madre por tragarme las semillas: “Atente a las consecuencias”, repetía.

12 de agosto de 1935. Sacudo el pensamiento para entender cómo llegué a esta situación. Confieso que al principio me causó extrañeza, aunque después la acepté como se acepta lo incomprendible de la vida.

Considero que hasta los veintitrés años llevé una vida normal. Como cualquier joven estudié, viajé e incluso viví en varias tierras; inicié un negocio tras otro, pero no conseguía encontrar el terreno ideal para desarrollarme. Pasé de una relación a otra hasta casarme, eché raíces, como dicen, maduré. En este momento, poseo un negocio estable que se maneja casi solo, me asenté y compré una casa con jardín, por naturaleza me agradan las plantas; sin embargo, mi mujer no tiene vocación de jardinera, a veces se olvida del abono, o de regar.

22 de febrero de 1936. Debería hacer ejercicio, últimamente tengo el tronco más redondeado. Gozo al sentir cómo corre la vida, savia vital, dentro del cuerpo, no obstante, me canso fácilmente y necesito tomar más agua. Será cosa de la edad.

16 de noviembre de 1936. Aprovecho en lo posible la existencia, disfruto mucho el jardín: prefiero estar al aire libre. Es agradable sentir el viento entre las hojas, en estos días se me caen demasiado,

me falta agua, he mencionado que mi mujer no es buena jardinera, creo que tampoco es buena esposa. Si bien, es más fácil cuidar a un árbol que a un marido.

Mujeres deshabitadas

Veracidad

Nos desprendemos sin saber a qué renunciarnos. El desierto ha sido el lugar ideal de Miriam para arreglar las cosas. El sol ya estaba en lo alto, cerca del cenit, cuando ella por fin llegó al silencio. Hacía calor. Ella mal interpretaba las palabras, los actos y las atenciones de Tomás. Es difícil ser claro cuando traducen en tu interior, pensaba él. Deseaba que las cosas volvieran a la normalidad, pero en ella lo natural era lo extraordinario. El sol los abrazaba hasta calcinar la humedad en los brazos.

Esto no tenía un carajo remedio, afirmó en silencio, ni el intento de reformarlo, había demasiado en contra; la vio quedarse al lado de la camioneta con la playera suelta sobre los pantalones de mezclilla, para su gusto demasiado flojos en aquel cuerpo.

Miriam pretendía acabar con las medias verdades antes de que él le mintiera en serio. Se tomó un tiempo al lado del vehículo, junto a la carretera vacía, volvió al interior de la cabina, ahora en el asiento del conductor. Delineando las palabras le dijo a Tomás que subiera. Con prisa se hacía la tarde en el desierto.

Callados, cada uno metido en sus pensamientos, aislados... Era inútil insistir, reflexionó ella, el titubeo de él al responder era suficiente; antes, hubiera jurado por él, pero ahora...

Tomás acomodó la cachucha sobre los ojos y los lentes oscuros. Recostó intranquilo la nuca en el respaldo, de paso la miró: además de bonita era terca, pero qué se le iba a hacer.

Miriam sabía que no valía el esfuerzo violentar las cosas, los cambios súbitos eran poco recomendables, esperaría hasta reconciliarse con las nuevas circunstancias; no era cosa de malgastar la vida en desconfianzas y recelos. Era mujer de certezas y nada más.

Ella dejó muy en claro sus sentimientos, sin palabras, algunas noches después. Sobre el buró quedaba su cálido adiós, lo que para ella simbolizaba la verdad.

No con demora las brasas del cigarrillo cayeron consumiendo con fogosidad las sábanas.

Departamento 8

El inquilino del departamento 8 mantiene encadenada a su mujer. Lo confirmó George, el vecino del 6: ¿Sabías que no la deja abrir la puerta si él no está?, los comestibles los recibe por la ventana lateral. Da que pensar, ¿no? Eso acrecentó mis sospechas: era un abusador. Los pasos de ella eran lentos, cómo si no: arrastraba una cadena. La escuchaba gimotear, ¿lloraba? Le di vueltas por días. El marido la mantenía bajo llave. Encadenada. ¡Esclavizada en pleno siglo XXI! Por muy Otelo que fuera debería aguantarse los celos y dejarla libre. Sin darme cuenta manifestaciones feministas y libertadoras se apoderaron de mí, de tal modo que una mañana no lo toleré más y subí al departamento 8. Se abrió la ventana lateral. No sé si mis palabras la convencieron, o mi tono de voz la asustó o, ¿por qué no?, se rindió a la evidencia de que era imperativo hablar. Escuché un pasador, otro, y abrió.

Tengo su imagen grabada en la memoria: el pelo revuelto, una bata rosa, un par de polainas (grilletes) en los tobillos, con pelotitas metálicas. Al ver que los miraba, explicó entusiasmada: Son fabulosas, contienen imanes. Regulan el metabolismo, quitan el hambre, queman grasa. A ellas les debo mi figura. Si quiere puedo prestarle unas. Algo no andaba bien. La víctima ama sus grilletes, elogia los métodos sádicos de su carcelero. Era preciso ser firme. Hablé de la liberación femenina, le di un folleto para mujeres maltratadas. Lo vio como si fuera un catálogo de aspiradoras. Pensé que era la incertidumbre del preso que va a ser liberado; le ofrecí, en un arranque de generosidad, mi departamento.

Me imaginaba corriendo con ella de la mano por la escalera posterior. Ella seguía callada, pensé que la había ofendido de alguna manera. La miré y, de pronto, soltó una risita, luego una carcajada, las lágrimas le escurrían. Creí que la felicidad la hacía llorar. Cuando me acerqué a consolarla se levantó y dijo: Mire, señora, no sé qué tiene en la cabeza; no necesito ser liberada de nada. Le voy a mostrar algo. Me llevó a un cuarto. En el centro había un escritorio, a un lado un sillón rojo y cajas amontonadas en la esquina. ¿Sabe usted algo de internet? Negué. Bueno, mire, aparecieron en la pantalla fotografías de hombres, como un catálogo de atletismo. Amigos agradecidos. Además de venderlas, doy sesiones de ejercicios por internet.

Tengo cuanto una mujer pueda desear. Si a Octavio no le gusta que salga, no importa, me recompensa con creces el fin de semana. Comprenda, no me siento sola o abandonada. Usted debería liberarse a usted misma. Me llevó a la puerta. Se hace tarde para mi sesión, se desprendió de la bata y quedó en una tanguita minúscula.

Antes de cerrar me hizo prometer (tras una amenaza) que no diría nada, luego añadió: Si algo se le ofrece, hágamelo saber, como verá yo siempre estoy en casa.

Fijeza

Nadia tenía grabada en la cabeza la idea del encuentro casual, disponible, inmediato, en el extraño acomodo de la atracción sin límites y el amor a primera vista. En los últimos meses, su preocupada familia, junto con los amigos, la han invitado a unirse al sobrio grupo de la vocal repetida A. A. de forma libre y, si fuera posible, espontánea. Fueron renunciando ante la inútil batalla contra esta militante que no tenía sentido de pertenencia a los grupos anónimos, pero que no dudaría en suscribirse a la reconocida y dual sociedad conyugal.

A Nadia le llega por entre los hielos la soledad previa al llenado del vaso, el líquido ámbar es el recordatorio de la atractiva intención: la búsqueda. Los olores varían de un local a otro, no así la barra pulida que parece ser la misma bajo las copas transparentes que chispean luz, los bancos altos, el barman con ojos compasivos y mal

oído. La cerrada espiral de las voces se alterna con el agudo sonido de la música; ciertas voces le rozan la oreja, se acercan con pretenciosos murmullos, llegan a articularse en conversaciones sueltas, sin trascendencia, de las que ella se desprende con suavidad; sin embargo, en algunas ocasiones, sólo algunas, pocas, da apertura a la relajada simpatía nocturna.

De madrugada, abre la cama y, mientras llega el sueño, su mente se desmorona en las miradas de los rostros del último establecimiento, en ninguna ha encontrado la correspondencia que busca. Porque ella sabría al mirarlo que, en ese instante único, los dos se identificarían.

De nuevo a la barra, a las copas, a las voces, a los hielos antes del líquido. De vuelta al camino alfabético de los bares de la ciudad, evitando los del tipo gay y los de los barrios bajos, quizá, algún día, cuando llegue al Zurdo tendrá que reiniciar el camino. Aunque parezca insensato, le encuentra sabor al recorrido de una copa a otra, a las inusitadas bebidas de color que paladea en cada barra.

La otra noche, la descubrí frente a un largo vaso rematado de azul, aún conservaba la bebida intacta, era la imagen catatónica de una maniquí enfundada en un traje sastre verde olivo. Me paré cerca de ella, estuve a punto de hablarle, pero reconocí que le provocaría graves perturbaciones si le advirtiera que en algún otro bar se encontrará la contraparte de su fantasía. Siempre existe esa posibilidad. Un hombre que, igual que ella, busca, pero con el orden alfabético invertido o con retraso en la secuencia de los bares. Una mirada que sólo él reconocerá, identificándola, y entonces, sólo entonces, al asegurarse de que es Ella, él abandonará la búsqueda en sus brazos.

Certidumbre

Marisa estaba segura de que su marido no volvería a golpearla con la brutalidad de esa tarde. Después de que se acomodaron las cosas, él le había suplicado perdón de rodillas. Juró que no volvería a suceder, sollozando como un niño. Por primera vez, después de siete años de casada, ella tuvo la certeza de que así sería.

Mientras Juan descendía con rapidez hasta los pisos inferiores, ella dobló con esmero aquella carta de despedida sin finalizar, sobre la mesa. Es curiosa la forma en que nos consume el apuro.

Tendría que agradecerle a Martha que le prestara la pistola del difunto marido. No hubo necesidad de usarla por segunda vez en contra de un hombre.

Quitó el banco frente a la ventana, se escuchaba música en alguno de los múltiples departamentos, se asomó pensando en los

quehaceres del día siguiente. Allá abajo, junto a los botes de basura, sólo se alcanzaba a ver el manchón deforme en el asfalto, no pensó en él.

Un profundo suspiro le elevó el pecho antes de cerrar.

Jazz para los olvidados

Las cortinas gruesas para que la aurora no interrumpiera. La luz tenue de las lamparitas sobre los rostros. La sensación de una confesión entre dos. Se puso las medias negras en el baño con suave cuidado estirando el tejido sobre la piel blanca.

Los músicos tocaban un blues pausado, las notas caían entre las copas. Los toscos clientes olían a trabajo y se humedecían los labios, sabían a soledad.

Ella rehízo el nudo en el tirante del vestido, las lentejuelas se doblaron un poco. El escote dejaba ver parte de los huesos maquillados del esternón. Caminó unos pasos echando hacia atrás la peluca oscura.

—Llegas tarde.

—Lo sé, fue por las cartas.

—Bueno, ya está, no me interesa lo que haces fuera del trabajo.
A tu número.

Tomó el micrófono, miró al trompetista y sonrió. El mesero levantó los hombros, le guiñó el ojo y levantó el pulgar. El gerente movió la cabeza: ¡Bah! Retrocedió unos pasos:

—No alientes sus tonterías.

Ella respiró apenas entre el sonido de su voz. Dulce como bollo caliente con mantequilla.

La fila del correo era cada viernes una espera quejumbrosa. Ella se mantuvo impasible.

—Dos tarjetas a Bruselas, una carta a París, dos a Milán, enumeró la mujer tras el mostrador.

Dio vuelta a la última y leyó:

Los infinitos de ahora me roban el tiempo.

Tuya siempre.

Recorrió con la vista a la joven antes de tomar el billete de su mano. Una mano para sostener las palabras.

Una sonrisa sobre cinco rostros ancianos, pensó ella al correr bajo los faroles encendidos.

—Te tengo un nuevo nombre —le dijo el mesero al salir juntos al frío de la calle.

Le detuvo la puerta del taxi y volvió a guiñarle el ojo.

De madrugada se dio un baño. Miró el papelito doblado. *Herr Oswald Thrussen*. Albergue de la Misericordia. Alemania. El próximo destino. Sacó una tarjeta rosa y escribió:

Una línea blanca sobre la nostalgia.

Pienso en ti.

Loca memoria de una mujer

Aquel hombrecillo, sentado en el ala derecha del avión, sobre un cielo de nubes, me hacía señas. El sol a punto de ocultarse. Desconozco el lenguaje de los mudos y no leo los labios, por lo que no entendí los gestos que el hombre insistía en repetir una y otra vez: abría los ojos, sacaba la lengua y dejaba caer una mano sobre la otra abierta.

El joven del asiento contiguo estaba dormido y el señor en el tercer asiento miraba una revista. Nadie, además de mí, veía al hombrecito, vestido con un traje azul, sin corbata, en su asiento metálico. Pensé en bajar la cortinilla, pero recapacité si no sería de mala educación, sólo atiné a sonreír, elevé los hombros con las manos. No podía hacer nada más.

Oscurecía. Cansada, cerré los ojos un minuto, esperaba que el sujeto que se despeinaba en el ala metálica comprendiera. Tal

distracción fue una imprudencia; tenues golpecitos en el cristal provocaron que mirara de nuevo hacia fuera. El hombrecillo arrojaba dulces de colores, en forma de frijol, a la ventana. Pensé, por un segundo, que sí llegaba a contar lo que sucedía en el vuelo, nadie me creería.

Obstinado y fuera de control lanzaba con fuerza los frijolitos dulces, lo miré contrariada. ¿Por qué no se dirigía a otro pasajero? ¿Por qué me había elegido? Compuse mi molesta sonrisa y le advertí con la mano que dejara de lanzar dulces. No se daba cuenta de que el muchacho podía despertarse, y yo no tendría palabras para explicar la presencia de aquel señor que tiraba frijoles de colores a la ventanilla.

Con embarazo miré alrededor, no podía evitar que el hombre continuara haciendo gestos. Algunas muecas eran ingeniosas, me hicieron sonreír; lejos de detenerse, se emocionó: el mudo parloteo fue en aumento. Lo que el hombrecillo hacía en el ala era realmente chusco, comencé a reír con sonoridad, tanto, que desperté al muchacho contigo. En ese momento me percaté de que el único sonido entre los ciento cuarenta y dos pasajeros amodorrados era mi risa, el calor me franqueó el rostro.

Ya no intenté mirar hacia afuera, el cielo se había oscurecido. En medio de murmullos y movimientos corporales se encendieron las luces: aterrizábamos. Temí girar la cabeza, permanecí con la vista clavada en la revista de la aerolínea abierta sobre las piernas hasta que las ruedas del avión tocaron tierra. Percibí una leve presión en el ala.

Los pasajeros me miraban indignados, me puse el abrigo en lo alto de la escalera, hacía frío. Caminé de prisa al autobús, quise

asegurarme de que el hombrecillo estaba bien, pero un pudor prudente me lo impidió. Antes de alcanzar la puerta sentí un toque en el hombro: una mano masculina me ofrecía un paquetito de dulces en forma de frijol.

Transformación

Tendría que ser hermosa, pensó Josefa aquella noche en el bar. Tras varios intentos por ser atendida le sirvieron al fin, casi con furia, las bebidas. Estas violentas situaciones le hacen desear ser bella, o tener pareja, y que sea otro quien ordene las copas. Empieza a encontrarse en los cuarenta. Sin no poco esfuerzo se arregla para salir los sábados, a pesar de que algunas noches sabatinas quisiera echarse frente al televisor. El maquillaje, casi nulo en la semana, ahora es excesivo en el intento de tapar la depresión y la soledad.

Desde hace años se reúne con sus amigas la noche de fin de semana en éste u otro bar. A ellas no les importa pasar inadvertidas, en realidad salen a pasarla bien entre chicas: conversar y divertirse sin pretender ser alguien más o ligar. A Josefa le importa.

Si Wanda no se sintiera cansada, sería ella quien estuviera frente al barman haciendo muecas zalameras para ser atendida. Ella nunca se ha quejado de ser objeto de groserías o desatenciones, aunque sea más rolliza. Reflexiona Josefa: ¿Será que los cantineros las prefieren gordas? Mi cuerpo, lejos de ser perfecto, tiene buenas proporciones, excepto quizá por la quijada, demasiado pronunciada, poco femenina, los hombros amplios y los pies y las manos grandes.

Ha pasado la noche comparándose con las demás mujeres, siempre sale perdiendo. No se atreve a intentar la rinoplastia. Si no la realizó de joven, menos ahora. Aunque reconoce que con cirugía plástica es fácil tener la cara o el cuerpo anhelado. Ser tan bella como lo desees y conseguir pareja. Sería cosa de animarse, piensa en un momento solitario, tengo el dinero... Con la nueva cara muchos duplicarían por mi compañía; resolvería mi vida: me atenderían de inmediato en los bares... y, quizá, mi amigo Charlie dejará de decirme que tengo cara de travesti mal vestido.

Entre trago y trago de vodka observa la desenvoltura de los que llegan a la barra: se sienten cómodos en sí mismos. Se le ocurre en ese momento: Si dominara el miedo, la flojera y la timidez daría el paso decisivo para dejar de ser repelente a los hombres y atraerlos. Es cosa de repensarlo sin la anestesia alcohólica.

En la barra del bar apenas si se le reconoce con la peluca rubia, desde que abrió la puerta varios hombres y algunas mujeres la miran. El barman le sirve con esmerada atención el vodka que solicita, ella sonríe con coquetería, se polvea la aguileña nariz y observa en el espejito su quijada ¡tan poco femenina!, aun así, se siente complacida. Esta noche podrá elegir hombre a su antojo, hay varios guapos. Vencidos los remilgos y con más audacia de la que suponía,

encontró la solución idónea. Decidió salir más arreglada que de costumbre, y sin sus amigas, a beber una copa al bar de moda, ése que exhibe su nombre con letras doradas: El Serafín Caído, bar gay.

Leve arrullo de árboles

El sonido de las ramas es acallado por el ruido de los autos en la avenida. La mujer sale de su casa, espera varios minutos en la parada: el camión no llega. En la esquina, un automovilista no alcanza a frenar, derrapa y se estrella sobre el auto de adelante. Junto con un anciano, ella gira la cabeza. Nadie puede distinguir con precisión lo que ha pasado, se oyen bocinas y el transcurrir metálico sobre la avenida que aminora. Al otro extremo pita el policía sobre el ruido de la ambulancia.

La mujer vuelve la mirada hacia la calle en espera del camión ausente. El tiempo transcurre al mismo ritmo de ayer, aunque da la impresión de ser más lento. En el parque, a su espalda, las madres platican sentadas en las bancas, los niños corren y juegan sin sentir la marcha del tiempo.

Cerca de la parada se escucha el grito de un niño y el golpe del cuerpo al caer en tierra. Como estampa en la memoria, prisas y llanto en medio de los sonidos del tránsito, ella persigue el vaivén del columpio vacío. Los recuerdos aspiran a formarse sobre su cabeza; con un gesto retira el cabello que cae sobre su frente.

Levanta la cara, retrocede y da vuelta para atravesar el parque. En el momento siguiente se la ve comprando un caramelo. Camina entre los árboles. En el cielo se hace tarde, las nubes asoman entre las ramas. Los colores se opacan, los pájaros poco a poco apaciguan su alboroto al retirarse. La noche está esperando turno en la esquina. La mujer oprime sobre el pecho las orillas cruzadas del suéter. En el lado izquierdo del prado se distinguen las pequeñas lápidas de un cementerio de mascotas, ella apresura el paso y sigue bajo el follaje extendido como capota impenetrable sobre su cabeza. Una pareja de jóvenes se besa en el pasto. A lo lejos, encienden luces en los edificios. Se eleva en la espesura el vaho. El término del día despierta a los habitantes del jardín. En medio de él se dilata la sombra femenina que se extingue.

Índice

Hombres amueblados

- 9 Tarde en el desierto
- 11 Amnesia nocturna
- 13 ¿Cómo dicen?
- 15 El religioso
- 17 Por instantes
- 19 La afrenta

- 23 Viaje al interior de una noche acabada
- 25 El vaquero
- 27 Oscura noche de un vendedor de seguros
- 29 El telegrama
- 31 Casualidad
- 33 Una mañana descabellada
- 37 Redentores de almas
- 39 Hombre quebradizo
- 41 El destino
- 43 La lectura
- 47 Caprichos
- 49 El cenicero
- 53 Al salir del bar
- 57 El heredero
- 61 Rubia
- 65 Una historia cualquiera

Mujeres deshabitadas

- 71 Veracidad
- 73 Departamento 8
- 77 Fijeza
- 79 Certidumbre
- 81 Jazz para los olvidados
- 83 Loca memoria de una mujer
- 87 Transformación
- 91 Leve arrullo de árboles



Hombres

amueblados, de Ninah

Basich, se terminó de imprimir en
noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano,
S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm.
109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II,
C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil
ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges,
de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto
editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero
Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta:
Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Carmen
Itzel Ramírez Rosas y la autora. Editor
responsable: Félix Suárez.

